

Los viajes internacionales de Juan Pablo II

Roberto Tucci

Una de las actividades más relevantes de Juan Pablo II fue la realizada a través de sus viajes. La imagen televisiva de un Papa viajero que, mientras pudo, lo primero que hacía al llegar a un país era postrarse en tierra y besar el suelo, permanecerá impresa en las retinas de miles y miles de personas durante mucho tiempo. Ante las múltiples y dispares interpretaciones que estos viajes han provocado, el testimonio personal del organizador de una parte importante de ellos, el Cardenal Roberto Tucci, cobra una especial relevancia. La intrahistoria de estos acontecimientos es lo que aquí se relata para que cada lector pueda hacer una valoración propia de esta actividad papal.

Durante las exequias de Juan Pablo II me vino a la mente el recuerdo de tantas celebraciones al aire libre, bajo la fuerza del sol o la inclemencia de los elementos, con la participación de muchedumbres agrupadas en torno al Papa, durante los viajes intercontinentales que, por encargo suyo, tuve el honor y la responsabilidad de organizar. En las aclamaciones, no acostumbradas en un rito fúnebre, que más de una vez interrumpieron la homilía pronunciada por el Card. Ratzinger, me pareció percibir el eco de tantas fiestas populares a las que he asistido bajo las latitudes más diversas. Me parecía adivinar los rostros de gente sencilla, pero de fe viva, especialmente de las que viven en penosas condi-

ciones, que con tanto calor manifestaban su afecto. Cuando el Papa llegaba a un país lejano, los primeros en alegrarse eran los pobres por su presencia en medio de ellos y por haber podido participar, siquiera por una vez, en una solemne celebración eucarística presidida por el Supremo Pastor de la Iglesia.

desde el comienzo de su pontificado hablaba de la necesidad de la misericordia para garantizar al hombre un futuro mejor sobre la tierra

Recuerdos del tiempo del Concilio

El encargo de preparar todos los viajes del Papa fuera de Italia me fue confiado en 1982, y se ha proseguido ininterrumpidamente hasta el viaje a Ucrania en junio de 2001. Mi relación con Juan Pablo II se había iniciado, aunque episódicamente, mucho antes de que llegara a ser Papa. Durante los trabajos del Vaticano II formé parte del Comité restringido de teólogos que se reunió en 1965 en Ariccia para elaborar un texto –el «texto de Ariccia»– que con enmiendas ulteriores sirvió de base a la Cons-

titución *Gaudium et Spes*. De la Comisión mixta reunida en Ariccia formaba parte mons. Karol Wojtila, que había sido cooptado porque se sentía la necesidad de una voz proveniente de los países oprimidos por el comunismo. Los trabajos nos ocuparon una semana. En aquella ocasión, mons. Wojtila produjo una fuerte impresión. Recuerdo el juicio del P. Congar en su diario: «La personalidad de Wojtila se impone, irradia unas especie de fluido, una atracción, una cierta fuerza profética». En breve tiempo mons. Wojtila se ganó, no sólo la admiración del teólogo dominico, sino también la del jesuita Daniélou y la de mons. Guano, que era el coordinador del grupo, haciéndose apreciar incluso de los teólogos alemanes, que en aquel momento eran los más críticos sobre el planteamiento del esquema propuesto.

Durante las sesiones de Ariccia, mons. Wojtila subrayó el problema del ateísmo marxista, con el que la Iglesia debe enfrentarse, presentando una propuesta positiva y alternativa de tal visión. A continuación puso en evidencia la situación de los países en los que no es respetada ni la libertad de conciencia ni la libertad de profesar en público la propia fe; en consecuencia llamó la atención sobre el puesto central de la persona hu-

mana en una visión cristocéntrica. La famosa frase «solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra su verdadera luz el misterio del hombre», que se lee en el texto definitivo de la *Gaudium et Spes* (n.22), se debe en parte a algunas de sus intervenciones, y quizá este n.22 es el texto conciliar que Juan Pablo II ha citado con más frecuencia, hasta convertirlo en el eje de su pontificado, como aparece ya en su primera encíclica *Redemptor hominis*. Cuando se publicó esta encíclica fui yo el encargado de presentarla en la sala de prensa de la Santa Sede. Antes de hablar con los periodistas, lo hice con el Papa, para que me dijera si estaba interpretando bien su pensamiento. Le expuse lo que pensaba decir, que en parte corregí luego según las observaciones que me hizo.

Dije entonces a los periodistas que el Papa estaba preocupado por ciertas tendencias postconciliares, que prestaban poca atención al misterio de la Iglesia, a pesar de que constituía la base de la Constitución dogmática *Lumen gentium* (cap.I), y se pretendiese más bien privilegiar los aspectos organizativos, en una especie de repliegue de la Iglesia sobre sí misma hacia sus facetas más exteriores. Él por el contrario pretendió presentar a los cristianos con toda su fuerza y ra-

dicalidad una cristología cristocéntrica.

Me encargaron también la presentación de la segunda encíclica, la *Dives in misericordia*, promulgada en 1980, año y medio después de su elección al papado. Me sorprendió constatar cómo esta encíclica, igual que la primera, ha marcado todo el pontificado de Juan Pablo II. La expresión más plena de esto la tuvimos sobre todo en la última visita del Papa a Polonia, donde subrayó con especial intensidad el tema de la misericordia. Ya desde el comienzo de su pontificado hablaba de la necesidad de la misericordia para garantizar al hombre un futuro mejor sobre la tierra, sobre la que se perfila con creciente intensidad la sombra oscura de tantas amenazas. Ante los peligros inminentes, la misericordia aparece como una llamada singular que Dios lanza a la humanidad por medio de su Iglesia. De la misericordia se pasa a la necesidad de saber pedir perdón, como base de la reconciliación y de la paz.

Cuando me vi encargado de preparar los viajes del Papa, tuve que comenzar por ocuparme de los aspectos concernientes a la organización de estos acontecimientos, y por consiguiente no sólo tratar con los obispos, sacerdotes y laicos comprometidos para asegurar el

éxito de cada viaje, sino tratar también con los Gobiernos, ocuparme del protocolo, asegurar los transportes por tierra, aire y alguna vez también por mar. Tenía que encontrar hospedaje para los periodistas que viajarían con el Papa. Había que valorar muchos aspectos técnicos. Las reuniones con el Papa, que precedían y seguían a mis viajes de preparación e inspección, se tenían durante el almuerzo o la cena, en torno a su mesa. El Papa quería ante todo conocer mis impresiones de los contactos con obispos y gobiernos, y qué era lo que tenía que decir a la nación que se disponía a visitar. Al salir del comedor, íbamos a la capilla para una visita al Santísimo, como se hacía siempre con el Papa antes y después de cada comida. Una vez que el discurso versó sobre los aspectos logísticos concernientes al viaje en preparación, mientras nos acercábamos a la capilla, el Papa me tomo del brazo y recordando nuestros encuentros como teólogo del Concilio, me dijo: «¡Pobre padre Tucci, cómo ha caído desde la alta teología!».

Motivos de fondo

La multiplicación de los viajes internacionales de Juan Pablo II ha suscitado admiración no sólo por la suma de los kilómetros recorri-

dos (que yo tenía que hacer junto con algunos eficaces colaboradores una o más veces antes de repetirlos en su compañía), sino también por la tenacidad que ha demostrado en no rendirse frente a ninguna dificultad, incluso cuando, con los achaques de la edad avanzada, sus fuerzas físicas no eran las de los primeros años. La actividad de este Papa ha estado dominada, del principio al fin de su pontificado, por una especie de ansia apostólica que no dependía sólo de particulares u ocasionales solicitudes, sino que respondía a un verdadero y propio designio programático, querido por él desde el momento en que la Providencia lo había llamado al ministerio de Pedro.

En un discurso dirigido a la Curia Romana el 28 de junio de 1980, el Santo Padre expresaba así este propósito: «Todos los viajes-peregrinaciones del Papa son visitas a otras tantas Iglesias locales, y sirven para hacer resaltar el puesto que cada una ocupa en la dimensión universal de la Iglesia, y para subrayar la peculiar función que ejerce en construir su universalidad. Como he afirmado en otra ocasión (17 de octubre de 1979), cada viaje del Papa es una auténtica peregrinación a un santuario viviente del Pueblo de Dios. Desde este punto de vista, el Papa viaja, sostenido como Pedro, por la ora-

ción de toda la Iglesia (cf. *Hechos* 12,5), para anunciar el Evangelio, para «confirmar a los hermanos» en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrarse con el hombre. Son viajes de fe, de oración, que llevan siempre en el corazón la meditación y la proclamación de la Palabra de Dios, la celebración eucarística, la invocación a María. Son otras tantas ocasiones de catequesis itinerante, de anuncio evangélico en la prolongación a todas las latitudes del Evangelio y del Magisterio apostólico dilatado en dimensiones planetarias. Son viajes de amor, de paz, de fraternidad universal. [...] Ésta y solamente ésta es la meta del papa-peregrino, aunque algunos puedan atribuirle otras motivaciones [...]. Entre los métodos de actualización del Vaticano II, éste parece ser fundamental y particularmente importante. Es el método apostólico: es el de Pedro, y más aún, el de Pablo [...]. Los medios técnicos, que nos ofrece nuestra época, facilitan hoy este método y en cierto sentido «nos fuerzan» a seguirlo»¹.

Sobre esta clara intencionalidad programática el Papa ha vuelto periódicamente en sus encuentros con el Colegio cardenalicio, con la Curia romana, con el Cuerpo di-

plomático, poniendo de relieve uno u otro aspecto. Ha hablado con palabras sencillas a los niños en más de un caso, en las visitas a las parroquias de Roma, para hacerlo comprender a todos, porque esta tarea apostólica le parecía que se había convertido en la Iglesia postconciliar un «imperativo, con valor de mandamiento y obligación de conciencia»²

*Juan Pablo II ha dedicado
siempre particular atención
a los encuentros con los
representantes de otras
Iglesias y Confesiones
cristianas y de otras
religiones*

Por eso las visitas pastorales a las naciones fueron apreciadas por el Papa como un deber de su ministerio, que debía cumplir en cuanto fuera humanamente posible, no obstante el peligro de las críticas, de lo que era muy consciente.

El diálogo ecuménico y el interreligioso

En el curso de sus viajes apostólicos, Juan Pablo II ha dedicado

¹ *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (1980: Madrid, BAC, 1982) I b, 880s.

² «No tengáis miedo!» A. Frossard dialoga con Juan Pablo II. Barcelona, Plaza & Janés, 1982.

siempre particular atención a los encuentros con los representantes de otras Iglesias y Confesiones cristianas y de otras religiones, para promover el ecumenismo y el diálogo interreligioso, que fueron una parte relevante del programa apostólico de su pontificado. En estos últimos años, cuando al Santo Padre le fue concedido visitar países en los que la mayoría de la población se reconoce en la Iglesia ortodoxa, me sorprendió y conmovió el modo respetuoso, sin traza alguna de arrogancia, se diría que humilde, con el que el Sucesor de Pedro se había comportado frente a los Patriarcas y Metropolitanos ortodoxos, atento a rendirles visita en sus sedes, confiando en hacer caer así los muros de la desconfianza, y promover con mayor facilidad y fruto el diálogo ecuménico que tanto le interesaba.

Recuerdo a este propósito que cuando el Papa deseaba hacer un viaje al Líbano (que por entonces -1994- no se pudo realizar), había visitado yo a los tres Patriarcas no católicos -dos ortodoxos y un armenio- para decirles que el Santo Padre tendría sumo gusto en saludarlos y les invitaba a venir a la Nunciatura. Me acogieron muy cordialmente y manifestaron la alegría que les produciría el encuentro con el Papa. Recuerdo que aquel viaje de preparación resultó

un tanto difícil, porque yo y mis colaboradores nos desplazábamos en coches blindados, rodeados de soldados con ametralladoras, y llegados a nuestro destino, los soldados nos rodeaban para garantizar nos la máxima seguridad. De vuelta a Roma, el Papa me llamó. Yo creía que el programa podía ya considerarse como definitivo, pero él, aun consciente de cargarme con nueva fatiga porque me obligaría a volver al Líbano, me dijo que era conveniente visitar de nuevo a los tres Patriarcas no católicos para decirles que él los visitaría en vez de invitarles a que viniesen a la Nunciatura. «He hecho larga oración -me dijo-, y he reflexionado despacio: el Papa debe ejercer el primado por fidelidad al Evangelio, pero debe ejercitarlo del modo más humilde posible. No se trata de una cuestión de prestigio personal; es sólo fidelidad al Evangelio; pero el modo de manifestarlo a los ortodoxos debe ser un modo humilde. Debo ser yo el que los visite a ellos, y no pretender que vengan a visitarme».

Consideración especial merece el diálogo interreligioso promovido por el Papa en función de la paz, porque para él este diálogo tenía por finalidad defender la libertad de conciencia, el respeto de los sentimientos religiosos de las poblaciones a las que no ha llegado el

mensaje del Evangelio, y el deseo, sentido por muchos, de conducir todas las religiones hacia una reconciliación de los pueblos, el perdón recíproco y la paz. El Papa sabía mostrarse firme en la denuncia de algún país islámico –que no nombraba, pero dejaba entender claramente que se trataba de la Arabia Saudita–, que no permitía levantar ni un solo edificio abierto al culto, aun contando con 50.000 católicos (en su mayoría filipinos, dedicados a los trabajos más humildes) en aquella región. Ha denunciado la persecución desatada en el Sur del Sudán contra cristianos y no cristianos. Su voz de denuncia se ha levantado siempre en todos los países en los que se dan situaciones difíciles para la Iglesia, pero en general también para cualquier hombre cuyos derechos fundamentales son violados.

Durante el viaje a Tierra Santa caí en la cuenta de que a orillas del Jordán, mientras el Papa se acercaba al río, las personalidades que lo acompañaban lo rodeaban de modo que no pudieron los fotógrafos captarlo sobre el fondo del río. Al día siguiente nos encontrábamos en Jerusalén, ante el muro de las lamentaciones, e iba a suceder lo mismo. Pedí con insistencia a las personas del séquito que permitiesen al Papa acercarse solo al muro, para que los fotógrafos pudiesen

sorprenderlo mientras depositaba su mensaje en una juntura. Recuerdo que, cuando el Papa se detenía en algún lugar citado en el Antiguo o el Nuevo Testamento, los servicios de la seguridad israelita me preguntaban: «¿Qué hace?» «Reza», respondía yo, dándome cuenta de que no acertaban a comprender el significado de la palabra. Recuerdo las lágrimas de la viuda de Rabin cuando el Papa recordó el sacrificio de su marido, víctima de los que se oponían a su proyecto de paz.

Afán por la justicia y la paz

En el curso de los viajes de Juan Pablo II se ha manifestado con extrema urgencia su afán por la justicia social, por la defensa de los derechos humanos, por la participación de todos en la construcción de una democracia auténtica, por la solidaridad como correctivo indispensable a la rigidez de la economía de mercado y del proceso de globalización, por el respeto del derecho de las naciones, por la reconciliación y la paz. En tal contexto hay que situar los inevitables actos protocolarios, en los que Juan Pablo II ha dicho a los responsables del futuro de los pueblos (muchos de los cuales estuvieron presentes en sus exequias) solemnes verdades, y ha formulado

críticas y recomendaciones que ninguno de los grandes de la tierra osaría expresar en una visita de Estado. También este propósito lo tenía presente en su ánimo desde los comienzos de su pontificado, cuando en el discurso al Colegio cardenalicio del 22 de diciembre de 1980 observaba a propósito de sus viajes, que «los contactos a alto

Juan Pablo II ha dicho a los responsables del futuro de los pueblos solemnes verdades, y ha formulado críticas y recomendaciones que ninguno de los grandes de la tierra osaría expresar en una visita de Estado

nivel, que tienen lugar en esas ocasiones, constituyen otros tantos jalones que la Iglesia pone en su camino entre los hombres, aprovechando la posibilidad que le es ofrecida para tratar con los responsables del porvenir de los pueblos [...]. Como lo he subrayado con frecuencia, incluso durante los encuentros con las autoridades, a quienes ejercen el poder les debe interesar que la sociedad sea justa, con el fin de que, apartándose del totalitarismo y realizando una auténtica democracia, se haga cada vez más justicia por el camino de

las razonables reformas sociales. Y haciéndolo así, se podrán evitar revueltas, violencias, derramamientos de sangre, que acarrearán tantos sufrimientos»³.

Se podrían contar muchas cosas a propósito del valor demostrado por Juan Pablo II al hablar con los jefes de Estado. Basta pensar en el encuentro con el presidente Pinochet, quien condujo al Papa al balcón del palacio presidencial, mientras que en la plaza a sus pies se había escenificado, a instigación del Gobierno, una manifestación para aclamar al Papa y dejar en buen lugar al dictador chileno. Aquella aparición en el balcón no estaba prevista, tanto que ni siquiera el arzobispo de Santiago se encontraba al lado del Papa. Me consta que éste, en su encuentro privado con Pinochet, le sugirió que era tiempo de entregar el poder a las autoridades civiles. Después tomó una iniciativa —que no agradó a la Junta militar y tampoco a algunos sectores católicos favorables al régimen—, al aceptar un encuentro en un lugar muy cercano a la Nunciatura con todos los líderes de los diversos partidos, que entonces no tenían ninguna legitimidad, y les dirigió un discurso sobre la reconstrucción en marcha

³ *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (1980; Madrid, BAC, 1982) II-b, 901.

del país, sobre la reconciliación que se debía favorecer, sobre la promoción de los derechos humanos, sobre el respeto de las minorías.

Cuando al comienzo de su pontificado escogió México como meta de su primer viaje internacional, el Papa sabía que se trataba de un País laico, más aún laicista e incluso anticlerical, por lo menos en la esfera gubernativa. En aquellos tiempos en México los sacerdotes no podían vestir ningún hábito eclesiástico, e incluso me aconsejaron que no me alejase del cortejo papal, porque me expondría a una multa si me hubiesen sorprendido con el *collar* romano. Aunque las autoridades hubiesen autorizado la visita del Papa, se necesitaba valor para afrontar una situación tan difícil en aquel momento, tanto que no se dió ningún encuentro oficial con el Presidente de la República, que fingió encontrarse casualmente cerca del aeropuerto y se limitó a estrechar la mano del Papa. Se necesitaba valor para ir a Polonia cuando se mantenía el régimen comunista; se necesitaba valor para ir a Nicaragua en pleno régimen sandinista.

A propósito de Nicaragua, yo mismo, tras dos visitas al país, estaba convencido de que se trataba de un viaje muy arriesgado, por-

que una parte del clero –sobre todo entre los religiosos– seguía a los sandinistas en favor de una Iglesia popular, diversa y contrapuesta a la Iglesia jerárquica. El Papa conocía esta situación muy difícil y sabía que el Gobierno apoyaba naturalmente a la «Iglesia popular», pero me dijo: «Hay que ir, aunque no sea un gran éxito y se encuentren muchas dificultades. Debo ir porque esta Iglesia tiene necesidad de ser reforzada ahora, cuando vive un momento muy crítico. Esperemos que en adelante vengan tiempos mejores y que el Papa será mejor acogido; pero debo ir también ahora».

Cuando se preparó aquel viaje, que comprendía diversos países de lengua española de América Central, algunos obispos latinoamericanos sugerían al Papa no visitar la tumba de mons. Romero, cuya figura juzgaban demasiado comprometida políticamente. Rara vez he visto al Papa reaccionar con tal fuerza: «No. El Papa debe ir. Se trata de un obispo que fue herido justo en el corazón de su ministerio pastoral». El sucesor de Romero, mons. Rivera y Damas, cuando llegamos frente a la catedral, donde se encuentra la tumba de mons. Romero, dijo que el Gobierno había prohibido la visita –de hecho la puerta estaba cerrada–; pero el Papa permanecía inmóvil. Pedí

que se buscara la llave para abrirla. Esperamos un poco. En la plaza no había un alma, porque la policía la mantenía desierta. Cuando por fin pudimos entrar, el Papa oró largo tiempo sobre la tumba de Romero y pronunció después unas palabras muy bellas sobre el ministerio de este obispo que había sido martirizado mientras celebraba la misa.

Gestos de valor

Cuando los obispos de Bosnia en 1994 lo invitaron a Sarajevo, el Papa estaba dispuesto a aceptar; pero todavía se disparaba desde las colinas vecinas, y tuve que ir a comprobar la situación; porque estaba convencido que, si yo no hubiese viajado personalmente, el Papa no habría dado crédito a mis razones para disuadirlo, y quizá hubiese pensado que yo tenía miedo. Me fui a Sarajevo y, lo mismo que mis colaboradores, tuve que ponerme el chaleco antibalas y el casco, como hacían todos los militares. En aquella época el aeropuerto estaba controlado por los ingleses, en la ciudad estaban los franceses, en todas las encrucijadas se apostaban los tanques con el letrero ONU. Los militares se mostraban favorables a la visita del Papa, porque llevaría alguna esperanza a aquellas pobres poblaciones; pero

la gente tenía miedo, todos bajaban la cabeza y cruzaban aprisa la calle, porque el peligro de ser apuntado por los francotiradores circundantes era real. El Papa quería ir, pero pedía garantías de que nadie sería asesinado o herido durante su visita y por su causa. Le expliqué que esto era imposible predecirlo, porque habría sido peligroso, tanto en el caso de que se celebrase la misa en la catedral como en el estadio. Al fin se dejó convencer; luego, gracias de Dios, logramos ir en 1997 en un momento más tranquilo, y todo salió bien.

Recuerdo la visita en 1997 a Timor Este, que hoy es un Estado independiente. El Papa se impuso al Gobierno indonesio, que no quería una visita a esta provincia, anexionada a la fuerza por el mismo Gobierno aprovechando la «revolución de los claveles» en Portugal. Indonesia se había apoderado de la zona oriental de la isla (Timor Este), en la que la gran mayoría son católicos, y el Papa, frente a las resistencias del Gobierno, amenazó con protestar públicamente si se le impedía la visita. Los independentistas y también el obispo querían por su parte que el Papa besase la tierra como hacía entonces, arrodillándose al llegar a todos los países independientes. Juan Pablo II no quería llegar a

tanto, porque no pretendía entrar en la cuestión de la independencia. Su preocupación era que el pueblo gozase de una amplia autonomía cultural y religiosa, y que fuese respetada la lengua y la religión de la mayoría de la población de Timor-Este, que es católica, mientras que Indonesia es un país de gran mayoría islámica. Buscamos un compromiso: el obispo esperaba al pie de la escalerilla del avión teniendo en la mano un crucifijo que el Papa besaría de pie, como se hace cuando un obispo toma posesión de la diócesis o un sacerdote de la parroquia. Cuando llegamos, yo bajé rápidamente del avión y vi que el obispo no tenía el crucifijo: me enteré por él que le había sido retirado. ¿Qué hará entonces el Papa? Cuando llegamos al lugar de la misa, me dijo: «No me han permitido besar el crucifijo en el aeropuerto. Tome el que habrá en la sacristía y póngalo al pie del altar frente al pueblo». Puse el crucifijo en tierra sobre un cojín, porque comprendí que el Papa quería arrodillarse y besarlo, delante de todos, antes de subir al altar; y así lo hizo.

Visitando Sudán, el Papa habría querido llegar a la parte meridional, en donde había guerra civil, pero no se lo permitieron. Hicimos escala en la capital Jartún, donde estaban concentrados un millón de

prófugos huidos del sur, católicos en buena parte. La acogida fue estupenda. Las autoridades islámicas no conseguían frenar el entusiasmo de la población, y era conmovedor ver la acogida por parte del reducido número de cristianos ortodoxos presentes en Sudán. Por

en su encuentro privado con Pinochet, le sugirió que era tiempo de entregar el poder a las autoridades civiles

la tarde después de la misa (que resultó bellísima) el Papa mantuvo un encuentro bastante largo con el Gobierno, durante el cual expuso, con amabilidad pero también con firmeza, su pensamiento en materia de libertad religiosa.

El Papa quiso visitar también Grecia, aun sabiendo que la acogida no sería muy cordial, porque el pueblo griego es de religión ortodoxa y no muestra sentimientos de amistad con relación a nosotros los «latinos», como pude comprobar cuando fui a Atenas para preparar el viaje. La visita a Grecia demuestra que el Papa no buscaba solamente un «baño de multitudes», porque iba también a países donde sabía que no podría recibir una acogida particularmente cordial.

Peticiones de perdón

Durante el viaje al Senegal me impresionó vivamente la petición de perdón sobre el problema de la esclavitud. El Papa estaba convencido de que la esclavitud no había sido un pecado solamente de los blancos, sino también de los negros; porque la esclavitud existía ya antes del período de la llamada «trata», sobre todo en la parte oriental de Africa, y siempre ha existido una relación entre el que compraba y el que vendía esclavos.

*cómo no recordar con
emoción la ternura de Juan
Pablo II con los enfermos,
sobre todo con los niños, con
los incapacitados, con los
ancianos*

vos. Eran negros en su mayor parte los que en el interior del continente escogían los sujetos físicamente más fuertes para revenderlos a los patrones blancos, que los llevaban para trabajar en las Américas. Cuando llegamos a la isla de Goré, el Papa no disponía de un texto. No estaba previsto un discurso, y lo que improvisó en francés fue muy hermoso. El Papa hablaba lentamente, escogiendo las palabras a medida que se formaba su pensamiento. Fue un discurso

espléndido, que todavía hoy, leído o mejor escuchado por el registro de su voz, produce impresión profunda.

Las peticiones de perdón del Papa han tenido amplia resonancia también en el campo ecuménico. Pidió perdón a los luteranos y calvinistas. Recuerdo que en Hungría, en una ciudad de mayoría calvinista, fuimos a visitar la catedral; y luego, dado que era un monumento que conmemoraba la expulsión de los Pastores calvinistas cuando el país volvió al dominio del Imperio austro-húngaro que impuso de nuevo la religión católica, pregunté al Papa si quería ofrecer un ramo de flores, lo que hizo muy gustosamente.

También en Eslovaquia, después de haber visitado la iglesia católica de rito oriental, me pidió que lo condujese ante un monumento —conocía su existencia— que recordaba las persecuciones inflingidas por los católicos a los protestantes. Tuve que buscar al Pastor luterano, que por fortuna había asistido a la misa del Papa, y le rogué que nos precediera, porque el Papa había expresado su deseo de decir algunas palabras de excusa ante aquel monumento, por todo el daño que los católicos habían causado a los protestantes en aquel período. Por el contrario, cuando

en Checoslovaquia –antes de la división entre República Checa y Eslovaquia– el Papa canonizó a tres santos martirizados por los luteranos, ninguna de las autoridades protestantes presentó excusas al Papa por lo que sus predecesores habían infringido a los católicos.

Cómo no recordar con emoción la ternura de Juan Pablo II con los enfermos, sobre todo con los niños, con los incapacitados, con los ancianos; cualquiera que fuese su número quería saludarlos uno a uno, los acariciaba, trataba de escucharlos y confortarlos, les decía que contaba con sus oraciones y el ofrecimiento de sus sufrimientos. Se daba en estos encuentros una participación intensa, que demostraba la viveza con que veía en ellos el rostro de Cristo crucificado. Desde los primeros viajes me impresionó profundamente esta actitud suya: parecía que estaba como en veneración frente a cada enfermo. Esta sensación se ha acrecentado en mí cuando he visto cómo el Papa llevaba en su rostro las señales del sufrimiento.

Un hombre unido con el Señor

Entre las experiencias pastorales por las que he pasado en los muchos años en los que me ocupé de organizar los viajes internacionales

de Juan Pablo II, me impresionó de modo particular el puesto central que la oración ocupaba en su vida: precedía, acompañaba y concluía la entera jornada del peregrino a los santuarios del Pueblo de Dios. Verlo completamente absorto en oración prolongada desde la primera hora en la capilla de las Nunciaturas que nos hospedaban, o delante del sagrario en las varias iglesias visitadas, verlo pasar las cuentas del Rosario en auto, en avión o en helicóptero, sigue siendo para mí un recuerdo imborrable y estimulante. Esta constante e íntima unión con el Señor y su bendita Madre sostenía su audacia apostólica, su extraordinaria preocupación por el hombre, por la paz entre las naciones, la energía interior que lo hacía capaz de vivir, aun en los años dolorosos de la enfermedad, bajo el designio de Dios. Esta dimensión íntima, que se transparentaba en sus gestos y en su palabra, y que lo convertía en testigo fiable de una realidad que trascendía su persona y su mismo mandato institucional, conmovió el corazón de los creyentes de todas las edades, y era presentida como una impresión de autenticidad, aun por aquellos que se acercaban a él desde perspectivas ajenas a la fe.

Una vez, mientras me encontraba a su lado por razones de servicio

—estábamos en el helicóptero que nos transportaba de Jerusalén a Galilea, y era viernes— noté que el Papa no miraba por la ventanilla, sino que tenía en la mano un librito ya usado, sin pastas. Leía una página y se recogía en oración; luego leía otra y de nuevo oraba; mirando de reojo, caí en la cuenta que estaba haciendo el *Via Crucis*, porque aquel día, ante la perspectiva de un programa muy cargado, temía no poder hacerlo en la capilla, como lo hacía siempre, incluso durante los viajes, la tarde del viernes. Recuerdo que una tarde, después de un jornada agotadora, el Papa se retiró a sus habitaciones, y me enteré que inmediatamente después se había dirigido a la capilla para celebrar una segunda misa, después de haber celebrado con el pueblo por la mañana, porque coincidía el aniversario de su elección al pontificado. Lo hacía así todos los años.

A veces sucedía que entraba en la capilla cuando yo estaba celebrando. Durante los viajes lo hacía yo de ordinario muy pronto, porque tenía que estar presente en el lugar de la manifestación mucho antes de que llegase el Papa. Trataba de molestarle lo menos posible, pero me avisaron que podía celebrar la misa cuando me pare-

ciera, porque no le molestaba en absoluto. Conservo un recuerdo muy vivo de la mirada que dirigía a la hostia en el momento de la consagración.

La dimensión espiritual de su vida se manifestó más claramente en el curso de su enfermedad, que afrontó con fortaleza de ánimo, llegando incluso a expresarse, cuando el sufrimiento le daba una tregua, con una punta de autoironía. Una vez me dijo: «Pero ¿usted cree que no me veo en la televisión cómo estoy deteriorado?» Otra vez, en América latina, estaba detrás del Papa que caminaba acompañado de un cardenal, el cual, habiendo sufrido una caída, se apoyaba en un bastón. Oí al papa que comentaba sonriendo: «Cara Eminencia, ¡los dos estamos bastoneados!». Quería decir: «Usamos el bastón para los dos», pero se podía también entender: «Los dos estamos malparados». Ahora que el Señor lo ha llamado, entre el cúmulo de enseñanzas que ha dejado tras de sí a quien ha tenido el singular privilegio de seguirlo de cerca, le queda sobre todo el ejemplo de un hombre que, sostenido por la fuerza que da la fe en Dios, no se ha detenido nunca ante ningún obstáculo, arrojando con valor el sufrimiento y la muerte. ■